



CAPÍTULO IX

WAMBA DE 672 Á 680.

Extrañas circunstancias que acompañaron la elección de Wamba.—Su repugnancia á aceptar la corona.—Alteraciones en la Vasconia.—Idem en la Galia Gótica.—Famosa rebelion de Paulo.—Simulacro de coronacion.—Sujeta Wamba á los vascones y á los tarraconenses.—Toma de Narbona.—Célebre ataque de Nimes.—Se apodera de la ciudad, y hace prisioneros á Paulo y á los principales rebeldes.—Solemidad con que fueron juzgados.—Sentencia de muerte.—Indulgencia de Wamba.—Su entrada triunfal en Toledo.—Humillacion afrentosa de Paulo y sus cómplices.—Notable ley de Wamba.—Flota sarracena en el Mediterráneo.—Es destruida por las naves godas.—Concilios celebrados en el reinado de Wamba.—Sus principales disposiciones.—Singular traza inventada por Ervigio para destronar á Wamba.—Visiente el hábito de penitencia, y se retira gustoso á un claustro.—Ervigio es ungido rey.

Aconteció á la muerte de Recesvinto uno de aquellos sucesos extraordinarios y singulares, que no sólo no habia tenido ejemplo en la historia del pueblo godo, sino que tal vez no le ha tenido en los anales del mundo. En una pequeña aldea de España se realizó un hecho noble, grandioso, sublime, que enseña á la humanidad á no desconfiar nunca de encontrar virtudes en los hombres.

Con arreglo al decreto del concilio octavo de Toledo, habia que proceder á la elección de rey en el pequeño pueblo de Gérticos, por haber muerto allí el último monarca. De improviso y como por milagro cesan ó enmudecen las ambiciones de aquellos turbulentos grandes, que se despertaban ó estallaban á cada fallecimiento de un rey y perturbaban el reino á cada elección; y todos los principales próceres, civiles, eclesiásticos y militares, fijan unánime-

mente sus miradas y dan como por inspiracion su voto á un noble y anciano godo llamado Wamba, por sus virtudes señalado y conocido. Si justos y desnudos de ambicion se mostraron en esta ocasion los electores, excedió á todos en abnegacion y desinterés el electo. Rehusó Wamba el cetro que el voto unánime y general ponía en sus manos, exponiendo la debilidad de sus fuerzas para sobrellevar tan grave peso como el del vasto imperio godo. Ni las instancias y súplicas de los oficiales de la corte, ni la consideracion del bien y la felicidad del Estado que delante le ponian, y que decian reclamar aquel sacrificio de su parte, nada bastaba á vencer su repugnancia, alegando siempre que no se creia capaz de remediar los males que la nacion padecia: ruegos, reflexiones, razonamientos, todo era inútil, hasta que al ver tan obstinada resistencia, uno de los jefes

militares de palacio se lanzó con la espada desnuda en medio de la reunion, y dirigiéndose con torbo ceño y amenazador continente á Wamba: «Si te obstinas, le dijo, en rehusar la corona que te ofrecemos, ten entendido que ahora mismo y con este mismo acero haré rodar tu cabeza» (1). Á tan enérgica insinuacion cedió Wamba, no sin manifestar de nuevo el sacrificio que hacia en aceptar un puesto á que no le llamaba su inclinacion. Una vez obtenido su consentimiento, púsose la corte en camino para Toledo, pues sólo allí y en su iglesia quiso ser consagrado.

Á los diez y nueve dias de la muerte de Recesvinto recibia Wamba el óleo santo de mano del metropolitano Quirico, en medio de las aclamaciones del pueblo.

Desde su elección hasta su muerte, todo es dramático en la vida de Wamba. En el acto de la consagracion, dicen las crónicas, vieron todos salir de la cabeza del ungido una abeja que voló hácia el cielo, lo cual se interpretó por signo y anuncio de la dicha que esperaba á la nacion bajo el nuevo monarca (2). La piadosa traduccion de este suceso se acomodaba bien á las esperanzas que con justicia se fundaban en el desinterés, en la prudencia, en el valor, en la religiosidad y en la dulzura del sujeto en quien recaía.

Tuvo, no obstante, Wamba que comenzar por donde muchos de sus antecesores, á saber, por una expedicion contra los vascones, que parecia haberse propuesto levantarse periódicamente al advenimiento de cada nuevo monarca. Llegaba ya Wamba con buen golpe de gente cerca del país sublevado, cuando recibió aviso de haberse alzado tambien en la Galia Hilderico, conde de Nimes, en cuya ciudad habia lanzado al obispo de su silla para poner otro de su parcialidad. Urgia no dejar que cundiera por toda la Septimania una insurreccion que presentaba ya un carácter harto grave. Por lo tanto envió Wamba para reprimirla

(1) Et minaci contra eum vultu, educto gladio, prospiciens dixit: «Nisi consensurum te nobis promittas, gladii hujus mucrone modo truncandum te scias.» Julian. Tolet., *Hist. Regis Wambæ*.

(2) Sebast. Salmant., *Chron.* l. c.

con un cuerpo de tropas escogidas á uno de sus jefes más experimentados y de más reputacion, Paulo, griego de origen, segun tiene buen cuidado de advertir el cronista obispo de Toledo. Tan luégo como Paulo se vió léjos del rey, mandando una fuerza respetable, tentó la ambicion ó despertósele la que ya ántes tuviera, y no aspirando á nada ménos que á reemplazar á Wamba en el trono, comenzó á preparar la ejecucion de su pensamiento. Confiósele en Tarragona al duque de la provincia, Ranosindo, y al gardingo Hildigiso, á quienes logró seducir. Levantaron allí tropas, aparentando hacerlo de orden del rey, y se dirigieron con ellas á Narbona, cuyo obispo, Argebaudo, ó con noticia ó con sospecha de los planes de aquellos jefes, se preparaba á cerrarles las puertas de la ciudad; pero anticipóse Paulo y se apoderó de la plaza.

Ejecutóse allí el simulacro de coronacion que llevaban ideado. Reunidos los oficiales del ejército y los principales habitantes de la ciudad, les recordó Paulo en un estudiado discurso el disgusto con que Wamba habia aceptado la corona, expúsoles que no podria el reino gozar de paz bajo un monarca sobrado de años y falto de energía, y que el mayor bien que podria hacerse al pueblo godo era encomendar el cetro á manos más vigorosas y firmes, exhortándolos á que buscáran un hombre digno de llevar la corona del imperio. Entónces el duque Ranosindo, que tambien llevaba bien estudiado su papel: «¿quién más digno, exclamó, de mandar á los visigodos que el que acaba de hablar con tanta firmeza y cordura?» Oficiales y soldados aplaudieron la proposicion, y Paulo quedó proclamado rey de los godos. Faltaba á la comedia la parte de exornacion y de espectáculo. Ranosindo, al paso por Gerona, habia tenido la prevision de arrancar de la cabeza de San Félix mártir una bella corona de oro, regalo de la piedad del católico Recaredo, y la corona del santo mártir fué colocada en las sienes del improvisado monarca con grande aplauso de la multitud. Pero la corona del mártir Félix habia de ser corona de martirio para el rey Paulo. Entre tanto concertáronse los rebeldes de Narbona con los de Nimes, y



con algunos auxiliares francos y sajones que recibieron pusieron en movimiento toda la Septimania, de modo que el desvanecido Paulo figurábase ya no restarle otra cosa que preparar su marcha triunfal á Toledo, y hacerse aclamar solemnemente en la capital del reino godo. Muy de otra manera corrieron las cosas.

Ocupado estaba Wamba en reducir á los vascones cuando supo la traicion de Paulo y la extraña escena de Narbona. Tratóse en consejo de generales el partido que se debería tomar: emitiéronse, como suele acontecer, opiniones diversas y encontradas: el rey optó por sujetar primero á los vascones y marchar despues rápidamente sobre los rebeldes de la Galia. Así se ejecutó. Siete dias bastaron á los godos para domar aquellos montañeses. Tal era la energía de Wamba, y tal el vigor que habia sabido comunicar á sus soldados. Emprende luégo su marcha hácia la Galia gótica: toma de paso á Barcelona y Gerona, y dividiendo su ejército en tres cuerpos, disponiendo que una flota corriese por mar á los puertos de la Septimania para proteger á los ejércitos de tierra, se entra por las gargantas de los Pirineos, se apodera de los fuertes que los sublevados defendian en aquellas estrechuras, hace prisioneros á Ransindo é Hildigiso, acampa dos dias en los valles del Rosellon esperando á que se le reunan todas las tropas, é incorporadas éstas avanza á Narbona. No habia tenido Paulo valor para esperarle allí; despues de muchas bravatas habia creído más prudente retirarse á Nimes dejando á Vitimiro, uno de sus parciales, la defensa de la ciudad. Acometiéronla los godos con una impetuosidad propia de su antiguo ardor bélico: incendiaron las puertas y penetraron en la plaza. Empeñóse en el centro de la ciudad un rudo combate; arrollábanlo todo los soldados de Wamba: tuvo Vitimiro que refugiarse en un templo; hasta allí fué perseguido: no le valió cobijarse detras de un altar ni defenderse con su espada; derribóle un soldado con un grueso tablon que le descargó encima, y arrancado de allí con algunos de sus principales cómplices, sufrieron el castigo y la afrenta de ser apaleados. Rendida Narbona, opu-

siéronle escasa resistencia Agda, Magalona y Beziers. Quedaba Nimes, el refugio de Paulo y de Hilderico. Allá envió Wamba el grueso de sus tropas, quedándose él á cuatro ó cinco leguas de la ciudad, por si los francos acudian en socorro de los rebeldes.

Comenzó el ataque del célebre sitio de Nimes en 31 de Agosto (673). Al salir el sol hicieron los godos retumbar aquel cuerno de imponente sonido que anunciaba las batallas. El ataque fué vivo, vigoroso y porfiado: los sitiados se defendian con bravura; unos y otros peleaban con encarnizamiento: todo el dia duró la refriega; á la caída de la tarde los godos fueron rechazados con pérdida; la noche puso fin á la lucha. Los sitiadores enviaron á pedir refuerzos á Wamba; diez mil hombres de refresco estaban ya bajo los muros de Nimes á la salida del sol del 1.º de Setiembre. ¡Prodigiosa actividad! Al ver tan considerable y pronto refuerzo, el jactancioso Paulo se turba, pero acudiendo al disimulo: «Todos nuestros enemigos, les dice á los suyos, los tenemos delante: este es todo el ejército de Wamba; una vez destruido, nada nos queda que vencer.» A este tiempo, el bronco sonido del cuerno da á los godos la señal del asalto, avanzan á los muros, provistos de todos los instrumentos de guerra: los sitiados acuden á la muralla y hacen jugar sus arcos y sus hondas; reciben los sitiadores con una lluvia de dardos y de piedras. Así estuvieron unos y otros por espacio de cinco horas. Á las once de la mañana los sitiados se ven oprimidos por los arqueros del ejército real y se retiran de los baluartes: los sitiadores minan los muros, incendian las puertas, abren brechas, y penetran furiosamente en la ciudad; derrámanse entónces acero en mano por todas las calles, amotinanse los de dentro proclamando traicion, y todo es confusion, desolacion y muerte en la plaza: millares de cadáveres cubren las calles de Nimes, y apenas pueden los vencedores poner el pié en parte que no tropiece con algun muerto ó algun moribundo. La noche viene á echar un velo sobre aquel teatro de muerte y á dar tregua al furor y al cansancio. Un silencio pavoroso reinaba en Nimes. Oíase sólo algunos



gritos de los vencedores y algun llanto semi-ahogado de los infelices habitantes.

El desvanecido Paulo, insultado por el pueblo, tuvo que despojarse del manto real y de mas insignias del trono que habia vestido desde la farsa de Narbona, y se encerró con sus más fogosos parciales en el anfiteatro romano, lugar fuerte que era entónces, y que aún constituye una de las glorias de Nimes. ¡Singular coincidencia, y sublime y providencial castigo de la ambicion y del orgullo! El insensato Paulo se desnudó vergonzosamente de las vestiduras reales que en un arrebatado de presuntuosidad se habia acomodado á sí mismo, precisamente en el 1.º de Setiembre, aniversario del dia en que solemnemente habia sido coronado Wamba, cuyo trono queria usurpar.

Faltaba aún el desenlace patético de aquel drama que tan alegremente se habia inaugurado para Paulo. Éste y los suyos, penetrados de que no podian mantenerse mucho tiempo en aquel asilo, y noticiosos de que Wamba llegaria á la ciudad al dia siguiente, acordaron que Argebaldo, obispo de Narbona, á quien Paulo habia llevado consigo, saliera al encuentro del rey á pedirle en nombre de todos el perdon y la vida. Todo, desde el principio hasta el fin, fué dramático en este suceso. El prelado quiso prepararse celebrando una misa, á la que asistieron y en que comulgaron todos los jefes de la rebelion vestidos de mortajas, como quienes contaban segura la muerte. Concluido el sacrificio, salió el obispo al encuentro del rey á caballo, con su traje é insignias episcopales: el obispo, al ver al monarca, se apea, le saluda, y postrado en tierra pide perdon para sí y para todos. Wamba le hace levantar y ofrece ámplio perdon para él. El prelado insiste en que sea completo para todos los culpables: entónces Wamba le replica con entereza: «á tí no te toca imponer leyes: ¿aún te parece poco perdonarles las vidas? He ofrecido completo perdon para tí solo. En cuanto á los demas nada prometo.»

El rey prosigió su camino. Algunas horas despues el bello sol del mediodia y de una apacible mañana de Setiembre hacia resplandecer en las calles de Nimes las limpias armadu-

ras de los caballeros que escoltaban al rey Wamba en medio de las aclamaciones de una muchedumbre. Algunos oficiales principales se dirigen al anfiteatro en que se guarecia Paulo, habitacion en otro tiempo de los tigres y leones que servian para los juegos del circo. Dos capitanes asieron á Paulo cada uno de un mechon de su larga cabellera gótica, y llevado así entre los caballos, le presentan á Wamba: el miserable se prosterna delante del rey, y se descíne el cinturón militar en señal de rendimiento. Sucesivamente le fueron presentando los demas rebeldes: Wamba reconviene á todos, los manda poner en lugar seguro, y señala el dia en que serán juzgados á presencia del ejército. Publícase de orden del rey un indulto general para los que habian tomado parte en la rebelion, francos, sajones, galos, españoles y godos, á excepcion de los susodichos jefes. Ordena enterrar los muertos, curar los heridos, restituir á los habitantes lo que les habia sido arrebatado, volver á los templos sus alhajas, entre las que se hallaba la corona de S. Félix, que por algunas semanas se habia ceñido Paulo, y obsequia á los soldados vencedores con dinero de su caja particular.

Al tercer dia se ofrece un espectáculo singular é imponente á los ojos de los habitantes de Nimes: aparece todo el ejército en orden de batalla: levántase en medio un tribunal, presidido por el rey, asistido de los generales y señores de su córte; allí hace comparecer á Paulo y sus compañeros: «Conjúrote, le dice á Paulo, en el nombre de Dios Omnipotente, que en esta asamblea de hermanos entres conmigo en juicio, y me digas si en algo te he ofendido, ó si te he dado ocasion que te pudiera excitar á tomar las armas contra mí, y á levantarte con intento de usurpar el reino» (1). Paulo respondió humildemente que confesaba no haber recibido del rey Wamba sino beneficios, y que reconocia no tener su traicion disculpa alguna. La misma pregunta hizo á todos, y de todos obtuvo igual respuesta. Entónces el monarca hizo leer el juramento de fidelidad que cada

(1) «Conjuro te per nomen omnipotentis Dei, ut in hoc conventu fratrum meorum, etc.» Julian Tolet., *Hist. Regis Wamba.*



uno de ellos había prestado al rey Wamba: en seguida el otro juramento que habían hecho á Paulo de no dejar las armas hasta que Wamba fuera despojado del trono. El proceso estaba fallado por sí mismo. El tribunal leyó los cánones de los últimos concilios relativos á los atentados contra los reyes: los jueces pronunciaron sentencia de muerte contra Paulo y veintisiete cómplices, entre los cuales figuraba el primero el obispo de Magalona, Gulmidio. Wamba entonces usó de la régia prerrogativa que los concilios le concedían, conmutando la pena de muerte en la de tonsura y cárcel perpétua.

Detúvose algunos días en las Galias, los necesarios para restablecer las cosas en el estado normal que tenían antes de las últimas turbulencias; hecho lo cual, emprendió otra vez el camino de Toledo, llevando consigo los prisioneros rebeldes. Por todas partes iba recibiendo aclamaciones y aplausos. Una legua antes de llegar á la córte de los godos se dispuso una entrada triunfal, solemne y vistosa. Toda la comitiva se vistió de gala, y marchaba ordenadamente en dos filas. Los jefes de la rebelion iban en carretas, vestidos con trajes oscuros y humildes, los piés desnudos, una cuerda al rededor de la cintura, rapadas las cabezas, cejas y barbas. Distinguíase entre ellos Paulo por una corona de cuero negro ceñida á las sienas, signo irrisorio de la que había querido usurpar. Veíase en seguida al rey con su gran cortejo de oficiales y señores cubiertos de brillantes armaduras. Así atravesó las calles de Toledo entre las aclamaciones de un pueblo alborozado. Paulo y sus cómplices, entre los que había muchos eclesiásticos y algunos obispos, fueron conducidos á la prision que les estaba destinada (1).

Concluida esta guerra, dedicóse Wamba á las cosas del gobierno del Estado. La poblacion de Toledo había crecido desde que se había hecho córte y asiento de los reyes godos. Wamba la hizo ceñir de un segundo muro abarcando los nuevos arrabales: empleáronse en la construccion de esta muralla muchas

(1) S. Julian, *Hist. de la expedicion del rey Wamba*.

piedras del antiguo circo romano. Hiciéronse, ó se repararon de su órden, várias otras obras públicas en diferentes puntos del reino, y mostróse tan amigo de las artes en la paz, como había sido activo y enérgico en la guerra. De inferir es que Wamba se hallaría resentido de algunos grandes y clérigos, que no le habrían ayudado en sus dos campañas, ó al ménos así lo hace sospechar la famosa ley que empieza: *De his qui ad bellum non vadunt*, que de su propia autoridad dió tan pronto como regresó á Toledo. En ella impone, bajo las penas más severas, así á eclesiásticos como á seglares, de cualquier clase y jerarquía que sean, la obligacion de tomar las armas y acudir de cien millas en contorno á cualquier punto en que haya ó amenace un peligro para la patria (1).

Faltábale al rey Wamba acreditar su poder y su pericia en la guerra de mar como lo había acreditado en la de tierra. La ocasion le vino á la mano. Habían los sarracenos por este tiempo conquistado una gran parte de África, y levantado en ella un nuevo y terrible poder, peligroso para España por su proximidad. Por primera vez en el reinado de Wamba se vió una flota sarracena de doscientos setenta pequeños barcos cruzar el Mediterráneo, y amenazar y molestar las costas meridionales de España. No debía cogerle á Wamba desprevenido, puesto que inmediatamente le salió al encuentro con otra flota, en que embarcó buen número de gente de armas, y dándole alcance y empeñado un combate naval, echó á pique la mayor parte de los barcos enemigos, ineen-

(1) «E por ende establecemos en esta ley, que de este día adelante, quando que quier que los enemigos se levanten contra nuestro regno tod omne de nuestro regno, si quier sea obispo, si quier clérigo, si quier conde, si quier duc, si quier ricombre, si quier infanzon, o qual que quier omne que sea en la comarca de los enemigos, ó si fuera legado de la frontera acerca de ellos, ó si llegar allí á ellos por aventura dotra tierra, todo que sea cerca de la frontera fasta C. millas daquel lugar ó se faz la lid, despues que ge lo dixiere el rey ó su omne, ó pues que él lo sabe por sí en qual manera se quier, si man á mano no fuere presto con todo su poder para defender el regno, é si se quisiere escusar en alguna manera, é non quisiere ayudar á los otros mano á mano por amparar la tierra, si los enemigos ficieren algun damno, ó cativaren algun omne de nuestro pueblo ó de nuestro regno, aquel que



dió otros y pudo apresar algunos (1). Ni se supo ni con certeza ha podido averiguarse por culpa de quién se acercára á España aquella armada enemiga, y no carece de verosimilitud la sospecha de algunos autores que propenden atribuirselo á Ervigio, que, como luégo veremos, envidiaba la gloria de Wamba y maquinaba algun medio de arrebatarle la corona.

La gloria militar de este reinado, el último en que se vió revivir el antiguo espíritu guerrero de los godos, no impidió atender á las cosas de la Iglesia, objeto que los godos no olvidaban yanunca. Dos concilios se celebraron en tiempo de Wamba, en Toledo el uno, en Braga el otro, ambos en el mismo año de 675. Con extrañeza vemos en el primer cánón del de Toledo, prescribirse á los obispos que guarden en él la debida modestia, así en sus oraciones como en sus palabras, que se produzcan con moderacion, sin usar chanzas ni injurias, y que no haya ni confusion ni tumulto. Privase en el tercero de su dignidad á los eclesiásticos que intervengan en juicios que puedan producir sentencia de muerte ó mutilacion de miembros. Insístese en el último en la celebracion anual tantas veces mandada de los concilios provinciales. Ordénase en el primero del de Braga, que en el sacrificio de la misa no se use de leche ni de racimos de uvas, sino sólo de pan y vino, mezclándose agua en el cáliz conforme á la antigua tradicion. Prohíbese en el cuarto á los presbíteros tener en su compañía otra mujer que su madre. Mándase en el quinto que los obispos vayan á pié en las procesiones, y no llevados en silla por los diáconos, y se impone en el sexto excomunion y destierro á los obispos que manden azotar á los presbíteros,

non quiso salir contra los enemigos por algun miedo, ó por escusacion ó por enganno, é no quiso seer presto por amparar la tierra, si es obispo ó clérigo, é non ovriere onde faga enmienda del damno que ficieren los enemigos en la tierra, sea echado fora de la tierra, como mandare el principe. Y esta pena mandamos que ayan los obispos, é los sacerdotes, é los diáconos, é los otros clérigos que non an dignidad.... E de los otros legos establecemos, etc.» Traduc. del *Fuero Juzgo*, lib. IX, tit. II, l. 9.

(1) Sebast. Salmant. Chron., c. 3.—Luc. Tud. Chron. Mundi., l. c.

abades ó diáconos súbditos suyos (1). Las demas disposiciones de uno y otro concilio son de pura disciplina eclesiástica, y en el reinado militar de Wamba no vemos á estas asambleas religiosas ocuparse como en los anteriores en negocios civiles (2).

Vengamos al término de la carrera militar de Wamba. Una intriga de mal linaje [puso fin al glorioso reinado de este principe, que extraño y singular en su comienzo, lo fué todavía más en su término y remate. Había en la córte de Wamba un conde palatino llamado Ervigio (*Erwig*), descendiente de la familia de Chindavinto. Gozaba de la confianza del rey, que conocía algunas de sus buenas prendas, pero no su ambicion: tanto [mejor para Ervigio, que mortificado de la envidia y atormentado del deseo de reinar, no fiando por otra parte en poder alcanzar el trono por eleccion, hallándose como se hallaba Teodofredo, hermano de Recesvinto, á la cabeza de un partido poderoso, recurrió para asegurarse la corona á una traza que tuvo más de lo depravado que de lo ingenioso. Dió á beber al rey un brevaque que le hizo caer por buen espacio de tiempo en profundo letargo. Llegó á desconfiarse ya de su vida, y Ervigio que estaba ya en el secreto como autor de él que era, se apresuró á hacerle tonsurar y á vestirle el hábito de penitencia, como era costumbre en aquel siglo. Cuando Wamba se recobró y se halló sin cabello y con la túnica monacal, no quiso contrariar la ley del concilio, que privaba del trono al que una vez hubiera sido decalvado y vestido el hábito de monje; y el que había aceptado la corona de rey como un sacrificio, la dejó sin violencia y con el mismo desprendimiento y desinterés con que la había tomado. Antes por

(1) Aguirre, *Collect. Conc. Hisp.*

(2) No hablamos de la famosa division de obispos atribuida á Wamba, en que creyeron muchos historiadores, y á que dedica Mariana un capítulo entero, seguido de otro en que explica la division de Constantino, no ménos apócrifas la una que la otra, pues evidenciada su falsedad por las sábias investigaciones de hombres eruditos, no hay para qué detenernos en convencer de ello á nuestros lectores. El que desee ilustrarse más sobre esta materia, puede ver el tomo IV de la *España Sagrada* de Florez.



evitar los males de una guerra civil, que en el caso de empeñarse en conservarla veía ya inminente, se inmoló por segunda vez á la tranquilidad pública, y designando por sucesor al mismo Ervigio, descendió gustoso de un trono á que habia subido con repugnancia, y se retiró á hacer la vida de monje en el monasterio de Pampliega (cerca de Búrgos), donde vivió

ejemplarmente por más de siete años. Ejemplo insigne de abnegacion y de virtud, raro por desgracia en los anales de los monarcas y de los imperios.

Á los ocho dias de aquel suceso, el ambicioso Ervigio era ungido con el óleo santo por mano del metropolitano de Toledo (680).

CAPÍTULO X

DESDE ERVIGIO HASTA RODRIGO, DE 680 A 709.

Temores y remordimientos de Ervigio.—Se hace reconocer y confirmar en el duodécimo concilio de Toledo.—Revócanse en él algunas leyes de Wamba.—Preeminencia dada al metropolitano de Toledo.—Sinodo XIV toledano.—Decretos de este concilio sobre materias políticas.—Trasmite Ervigio la corona á Egica, su yerno.—Décimoquinto concilio toledano.—Resuélvese en él una grave duda y escrúpulo del rey.—Disposiciones conciliares sobre las viudas de los reyes.—Conjuraciones contra Egica.—Durisimas leyes contra los judíos.—Asociacion de Witiza en el reino.—Queda reinando sólo por muerte de su padre.—Vicios, excesos y crímenes que le han atribuido las crónicas.—Diferentes y encontrados juicios sobre las cualidades y conducta de este príncipe.—Opinion del autor.—Término del reinado de Witiza, y elevacion de Rodrigo.

No fué tan disimulada la superchería empleada por Ervigio para escalar el trono, que algunos no la supieran y muchos no la sospecharan. Acometiéronle á él mismo remordimientos por un lado y temores por otro. Wamba no habia muerto todavía, y Wamba era muy amado del pueblo, y Ervigio temia al pueblo y á Wamba. «Parecióle, pues, dice uno de nuestros historiadores, para asegurar sus cosas, tomar el camino que á otros reyes sus predecesores no salió mal, que fué cubrirse de la capa de la religion (1).» En su consecuencia, al tercer mes de su consagracion, convocó un concilio en Toledo, que fué el duodécimo de aquella ciudad. Abierta la asamblea (681), presentóse en ella Ervigio en actitud humilde, y como quien va á solicitar el reconocimiento de un título que no habia obtenido por caminos legales, exhibia tres documentos que parecia darle cierta apariencia de legitimidad. Era el primero un testimonio firmado por los grandes palatinos, en que certificaban como testigos de vista, que Wamba, en peligro de

muerte, habia recibido la tonsura y el hábito penitencial. El segundo contenia el acta de abdicacion del mismo Wamba, en que significaba su deseo de que le sucediera Ervigio; y el tercero una carta del propio Wamba al metropolitano Julian, recomendándole ungiése al nuevo rey con las formalidades de costumbre.

En su vista, los padres del concilio, que tantas leyes habian hecho sobre la forma de eleccion, declararon legitima la de Ervigio, so pena de excomunion á todos los que no le reconociesen y obedeciesen (1). El cánón segundo es simultáneamente la aprobacion y la condenacion de un mismo delito. «Que los que han recibido la penitencia estando enfermos, aunque estén privados de sentido y no la hubiesen pedido ántes, lleven siempre el hábito penitencial.» Esto era aprobar y reconocer el mismo medio empleado con Wamba por Ervigio. «Pero los presbíteros no la impongan sino á los que la pidan, y si alguno la da á los que están privados de conocimiento, quede excomulgado un año entero.» ¿Qué era esto sino

(1) Mariana, lib. VI, cap. XVII.

(1) Conc. Tolet. XII, c. 4.